

PREGÓN DE FIESTAS

Torrecilla de la Jara 26 de Agosto del 2000

Queridos paisanos y amigos, querido alcalde y concejales, estimados visitantes de los pueblos cercanos que nos acompañáis un año más en esta noche de fiesta.

Es una sensación muy especial no exenta de cierto nerviosismo la que siento al dirigirme a todos vosotros como pregonero de las fiestas de este año tan significativo, el que hace el número 2000 de nuestra era.

Debo confesar que me costó un poco aceptar la invitación de la Corporación Municipal para estar hoy aquí en esta tribuna; no porque no me apeteciera, que me apetecía mucho, sino por la gran responsabilidad que supone ser el pregonero de las fiestas de tu pueblo.

Pues esto de los pregones de fiestas, fue siempre cosa de personajes ilustres: Políticos, escritores, artistas y gente de reconocida fama; en definitiva hombres y mujeres de relevancia pública.

Yo no tengo ninguno de estos méritos, pero sí tengo uno del que nadie me puede privar y es el gran amor a esta tierra, mi tierra, el profundo respeto y cariño que siento por sus gentes, mis gentes, y el haber nacido aquí en Torrecilla, precisamente en esta plaza.

Después de decidir que sí, que estaría con vosotros en este momento, había que buscar un tema para mi pregón. Esto lo tenía más fácil, os hablaría de nuestro pueblo de nuestra gente, de su historia reciente, sobre todo la que me tocó vivir de niño y adolescente.

Mis disculpas por tanto anticipadas para los más jóvenes, que lógicamente no vivieron esos años y mi agradecimiento también por estar hoy aquí pues su presencia es la mejor garantía de que nuestras fiestas y el rico legado de tradiciones y costumbres de nuestro pueblo continuará a lo largo de los años.

Citaré de paso a algunos que por aquí seguimos, pero también a los que nos dejaron, pues al evocarles de alguna forma vuelven a estar con nosotros en el recuerdo.

Solicito pues vuestro permiso para entrar un poquito en vuestras vidas; con absoluto respeto, por supuesto, con todo el cariño y con la mejor de las intenciones.

Trataré de hacerlo en verso, los pregones suenan así mejor, os pido disculpas por el atrevimiento y ya sin más dilación procedo a ello pues la hora de nuestra tradicional “pólvora” se acerca

PREGÓN DE FIESTAS DE TORRECILLA, AÑO 2000

Hace casi medio siglo
a pocos metros de aquí,
tía Anselma me “recogió”;
fue en casa de tío Joaquín.

Esta singular mujer
era la experta partera
que ayudaba en ese trance
a nuestras madres y abuelas.

Torrecilla en aquel tiempo
tenía de tierra sus calles,
las casas de adobe o tapia
y en Febrero carnavales.

Se bailaba la bandera,
los quintos corrían los gallos,
y en San Sebastián los mozos
salían con corchos tiznados.

El agua no había llegado,
si bien por aquellos años
de la ruda lo trajeron
a esta fuente de tres caños.

De aquí pasaba a un pilar
que había en la plaza de abajo,
hecho de piedra tallada
donde abrevaba el ganado.

Hasta entonces del Sangrera
al cuadril lo traen en cántaros
y en burros con aguaderas
hechas de goma o esparto.

Las mozas de aquellos años,
hoy casi todas abuelas,
a veces en el trayecto
tardaban más de la cuenta.

Sus madres solían decir:

Niña, ¿Qué pasa en Sangrera?
que para traer dos cántaros
te pasas las horas muertas.

Y es que mis queridos jóvenes
vuestrs abuelos y abuelas,
entre acarreo y acarreo
se daban alguna friega.

Al abrigo de los fresnos
y al frescor de las mimbreras,
los novios y enamorados
retozaban en la hierba.

Hoy las formas han cambiado,
pero el fondo no se altera;
si dos jóvenes se quieren,
ellos buscarán las vueltas.

La luz que nos alumbraba
desde Gévalo venía,
de una pequeña central
que un forero allí tenía.

Por palos embetunados
en dos débiles cordones,
los voltios aquí llegaban
un poquito a trompicones.

Bombillas de 15 vatios
alumbraban débilmente
de las calles sus esquinas
y de esta plaza su fuente.

Aún recuerdo aquellas noches
del mes de Enero o Abril,
cuando la luz se nos iba
y volvíamos al candil,
la vela o la capuchina
para irnos a dormir.

Noches de negro azabache
profundas y silenciosas,
que recuerdo con cariño
pues me evocan tantas cosas.

Mi maestro don Faustino,
doña Eulalia de maestra,
de médico don Mariano
y don Lorenzo en la iglesia.

Carlos Rodríguez de alcalde
Cebadera secretario,
Tereso Yepes de juez
y de cartero tío “Cano”.

O Cesáreo si prefieren
pues así fue bautizado;
que buen humor que gran genio
el de este torrecillano.

Un recuerdo a su memoria
le envío certificado.

De su comercio, su industria,
sus expertos artesanos,
hablaré también un poco,
pues es bueno recordarlos.

Los productos estancados
los vendía la tía Patro;
fósforos, pólizas, sellos
y papeles del estado.

Y aquellos paquetes verdes
de un cuarterón de picado,
y libritos de bambú,
peninsulares y caldo.
Unos cuantos les compré
a Teodomiro y a Eladio,
para llenar sus petacas,
para liar sus cigarros.

A la salida del pueblo
viniendo de Talavera,
teníamos la posada
pegando a la carretera.

Tía Eudosia su propietaria
madre de Irene y Román
que además de este negocio
también fabricaba pan.

Y tío Antonio y tía Isabel
y Domingo con Lucía,
y tío Aurelio con tía Fili
todos con panadería.

Cuatro cocederos, cuatro,
disputaban los clientes
en perfecta competencia
con un producto excelente.

Panes de harina de trigo,
aquellos con dos canteros
que abiertos por la mitad
y preñados de torreznos,
era un manjar para dioses
y “pa” revivir a un muerto.

Con esportillo de rombos
y una tarja de madera
de casa de la tía Eudosia
llevaba el pan a una abuela,
a cambio de un caramelo,
o de tres o cuatro perras.

Mi otra abuela sin embargo,
se lo compraba a los Diezma
no porque fuera mejor,
es que la cogía mas cerca;
y el recado se lo hacían
mis primas Mari y Amelia.

**Más cosas había en mi pueblo
en aquel querido tiempo;
para que nunca se olviden
las escribo y se las cuento.**

Aunque el negocio fue breve
tuvimos un matadero,
las reses sacrificadas
eran cabrito y cordero,
y el titular de la industria
un gran amigo, tío Alberto.

Con su camioneta verde
iba y venía a Talavera
tardando en cada trayecto
algo más de una hora y media.

No se sonrían amigos
les hablo de los cincuenta,
no se había inventado el turbo
y el camino era de tierra.

Hoy todo ha cambiado mucho
salvo nuestra carretera,
la han llenado de señales
pero sigue hecha una pena.

A ver si una vez por todas
se ponen y nos la arreglan,
que para el año 2000
esto no son carreteras.

Pues de Bartolo a Espinoso
más parece una vereda,
estrecha y llena de baches
sin arcenes ni cunetas.

Otra industria relevante
que nos duró un poco más,
fue nuestro cine de barrio
en casa de tío Julian.

Pepe Huete y mi tío Carlos
por aquel tiempo solteros,
una máquina compraron
que les costó un buen dinero.

El sábado por la noche
proyectaban con esmero,
películas de amoríos
de cante y de bandoleros.

Si el celuloide rompía
daban la luz y pegaban,
lo grave es si se fundía
de la máquina una lámpara.

Pues si faltaba el repuesto
cuando esto sucedía,
a casa refunfuñando
nos volvíamos con la silla.

Quizá hubo dos socios más,
Don Adolfo el practicante,
y también Luis Ajarrista,
persona de gran talante.

De memoria prodigiosa,
y cabeza despejada,
y no creáis que lo digo
por su ya abundante calva.

Disculpa Luis la licencia
y también la confianza,
que esto de la rima, a veces,
nos juega malas pasadas.

No sé si fuiste el autor,
pero yo te lo adjudico,
de aquel eslogan local,
aquel bello chascarrillo.

Señoritas:
¿Tienen callos en los pies?
El remedio Adolfo y medio”

Otra industria relevante
que aquí debemos citar,
son los talleres de forja
de la familia Morán.

Tío Miguel, Miguel y Paco
siguiendo la tradición
el duro hierro forjaban
puesto al rojo en el fogón.

Herraduras y formones,
rejas de arado romano,
llaves, tenazas, morillos
y los aros de Olegario,
que eran los que más corrían,
tan redonditos y planos.

También por aquellos años
acababa de cerrar,
otra fragua tío Pablillo
donde Fili puso el bar.

Y ya que ha salido un bar
citaré seguidamente,
los locales y tabernas
donde alternaba la gente.

Junto al salón y a la tienda
Julián Huete y Carolina,
tenían por aquel tiempo
una pequeña cantina.

Vino a granel de la cueva,
orujo bien destilado,
y gaseosas Loreto,
era el despacho diario.

Luego los días de fiesta
se sirven cerveza y chatos
tapas de magro picantes,
y copas de Soberano.

Y ya algún que otro moderno
pide “cubatas” de Larios,
que el whisky por aquel tiempo
hasta aquí no había llegado.

También por aquellos años
tío Román y la tía Aurelia
alquilaron un local
en la cuesta de las cuevas.

Una casa de tres pisos:
sótano baja y primera,
o cuatro si computamos
su magnífica azotea.

Pedro el sastre, Pedro Arriero,
Pedro el barbero, Lucío,
Angel del Pino, mi padre,
Marcelino y Blas mis tíos.

Allí el domingo pasaban
al julepe entretenidos.
dentro de la espesa niebla
del humo de sus pitillos.

Aunque todos nos dejaron
hay uno que abrió camino,
la edad que tengo yo ahora
es la que tenía mi tío.
Se fue demasiado pronto
y nos dejó un gran vacío

Un saludo al más allá
y un abrazo muy sentido
mando a todos desde aquí
en nombre de sus amigos.

Pablo Rodríguez, Aurelio,
Felix Blanco, don Faustino
Angel , Alberto, Agapito
Román y Pedro del Pino.

En la esquina de esta plaza
donde vive mi tía Olvido
Gregorio recién casado,
también montó un chiringuito.

Yo casi no lo recuerdo
que entonces era bien chico
tenía un mostrador al fondo,
y el suelo era de ladrillos.

El que recuerdo muy bien
y además con gran cariño
fue el de Germán y Cesárea,
padres de Trini y Herminio.

En invierno por la noche
con mi padre de visita,
¡Qué buenos ratos pasaba!
a la lumbre en su cocina.

Que gran hombre tío Germán
siempre optimista y cercano,
con qué paciencia y tesón
con su mula y su caballo,
sin prisas pero sin pausas
realizaba su verano.

Y antes de llegar la Fiesta
todo lo había terminado;
en los pajares la paja
y en la comarcal el grano.

Mi madre siempre lo cita,
como ejemplo y referencia
de hombre tranquilo y constante
y además de gran paciencia.

Otro bar de aquellos años
que aquí quiero resaltar,
es el de Fili y Eulalia
en la plaza del Pilar.

Entre el salón de tía Lucía
y la cerca de Nicasio,
hicieron un gran local
con bar vivienda y estanco.

Que incluso sirvió de fonda
a aquel tal don Eduardo,
un médico que tuvimos
allá en los sesenta y tantos.

**Mas cosas había en mi pueblo
en aquel tiempo querido
yo se las sigo contando
con nostalgia y con cariño.**

Mediados ya los cincuenta,
al faltar mi bisabuela,
cerró también el molino
que había junto a Sangrera.

Termo batidora y prensas,
una fábrica excelente
que extraía por campaña
seis mil arrobas de aceite.

Cecilio Sánchez y Floro
trabajaban la almazara,
ajustados en 100 duros
por los meses de campaña.

Mi hermana, que está más joven
aunque nació antes que yo;
me cuenta que con Estelia
Elena y Presentación...

Bajaban hasta el molino,
tío Cecilio las pesaba
y luego freía en aceite
unas grandes rebanadas,
que les sabían a gloria
de lo jugosas que estaban.

Otra obra singular
de su tiempo referencia,
fue la presa de Marcial
con su cauce y con su aceña,
donde el río Fresnedoso
rinde tributo al Sangrera.

También teníamos frontón;
tras el salón ya citado
donde los mozos de entonces
jugaban pelota a mano.

Albano, Luis Mayoral
Luisillo el de tía Rosario,
entonces con veinte años,
hoy los sesenta pasados.

Eran los tres pelotaris
que mejor metían la mano,
a volea y a cachetillo
por arriba y por abajo.

A pesar de todo ello
contra los espinosanos,
es de justicia decirlo;
muy pocas veces ganamos.

Antes de que se me olviden
citaré las barberías,
y aquellos cortes al dos
que tío Pedro nos hacía.

Como el trabajo abundaba
tuvo que ampliar plantilla,
y de Santa Ana de Pusa
vino Paco a Torrecilla.
Tanto le gustó este pueblo
que aquí sigue todavía.

Aunque duró poco tiempo
hubo un segundo local,
y en el portal de su casa
cortaba el pelo Marcial.

Voy ahora con las tiendas
y locales comerciales
donde se vendían legumbres
tejidos y coloniales.

Una queda de aquel tiempo
sólo ésta ha resistido
es la que heredó Manolo
de su padre tío Faustino.

El local que fue salón,
taberna, y heladería,
tienda de todo y estanco
se ha cerrado en estos días.

Heredado de sus padres
Julián Huete y Carolina,
Pepe siguió con la tienda,
cerró salón y cantina.

Otras dos tiendas de entonces
las llevaban dos Marías
y las dos tenían también
en la entrada campanilla.

Vendían azúcar, café
arroz, sardinas y sal
pimentón "pa" la matanza
y un montón de cosas más.

Reyes Gómez y Juliana
también tuvieron comercio,
vendían un poco de todo
y además a muy buen precio.

En la esquina de esta plaza
hubo también un kiosco,
y eran Lucrecia y José
los gerentes del negocio

Pipas, bolas, caramelos,
chicles de menta o de fresa;
los dos bolsillos llenabas
por tres o cuatro pesetas;
aunque a mí lo que me iba
era lo de la escopeta.

El día de mi comunión,
Corpus del año sesenta,
disparando y disparando
gasté doscientas pesetas.
Los duros que me iban dando
yo les daba buena cuenta.

**Mas cosas quiero contarles
de aquellos años dorados
que contando lo vivido
rindo homenaje al pasado,
y a los hombres y mujeres
que lo protagonizaron.**

El trabajo y el sustento
del pueblo torrecillano
venía de la agricultura
y la cría del ganado.

Trigo cebada y olivas,
algarrobas o garbanzos,
era el noventa por ciento
del terreno cultivado.

Había también unos huertos
junto al arroyo Castaño
con tres surcos de cebollas,
un surco y medio de ajos,
un tablero de patatas
y judías para el gasto.

La tierra se araba a mulo
la mies se segaba a mano;
más de tres meses duraban
las faenas del verano.

Hoy con las cosechadoras
lo liquidan en dos ratos;
y aunque se ha avanzado mucho
se ha perdido mucho encanto.

Aún recuerdo aquellos carros
de Gonzalo o Marceliano,
con 12 lechos de haces
perfectamente cargados.

Pasar por las cuatro calles
sonando en el empedrado;
la maroma bien ceñida,
los ropones bien bordados.

No recuerdo bien quien era,
pero había un torrecillano
que a todos reconocía
por el ruido de sus aros.

Antes de asomar decía
ese es el de tío Cipriano
de tío Abdón, de tío Avelino,
de Benito o de Nicasio.

Ni uno solo le fallaba,
tanto los había escuchado,
que hasta su carga sabía
si era estiércol paja o grano.

También la ganadería
fue en aquel tiempo abundante;
y ovejas cabras y vacas
las especies dominantes.

Ana, Nicolás y Arturo,
tío Cipriano y Teodomiro
Cayetano y tío Nicasio
tío Benito y tío Avelino.
Juntaban entre los nueve
más de trescientos bovinos,
cerca de tres mil ovejas,
y docenas de cochinos.

Que llevaban a las ferias
o vendían a sus vecinos
y también a los tratantes
que había en Los Navalucillos.

Y llegados a este punto
corresponde aquí citar,
al porquero de la Vez,
Institución singular.
Como tantas extinguida
hace treinta años o más.

Por la mañana temprano
los cerdos de cada casa
se daban al tío Vicente
que en piara los llevaba,
por rastrojos y regueros
por valles y por cañadas.

Cuando volvían en la tarde
y al fin eran liberados,
de gruñidos estridentes,
quedaba el pueblo inundado.

Y solos y a la carrera
regresaban con sus amos,
en busca de alguna harina
o una lata de salvado;
sin saber los pobrecillos
que estaban sus días contados.

**Más cosas había en mi pueblo
yo se las sigo contando;
párenme cuando se cansen
o si me pongo pesado.
Aunque puedo anticiparles
que estamos ya terminando.**

He citado a mucha gente
como quien dice “de paso”
cuando hablaba de las tiendas
de los bares y el ganado.

No me olvidé de los otros;
son tantos, que recordarlos
prolongaría este pregón,
hasta las tres o las cuatro

Dejo pues para otra vez
a tantos antepasados,
hombres y mujeres nobles,
ilustres torrecillanos.

Que aquí jugaban al corro,
que aquí corrieron sus aros,
que lucharon por su pueblo,
y en su pueblo descansaron.

Disfrutemos de esta fiesta
bailemos hasta agotarnos,
con este estupendo grupo
que nos visita este año.

Y mañana por la tarde
pongámonos todos guapos
y en solemne procesión
caminemos hasta el prado,
junto a la Madre y patrona
del pueblo torrecillano.

Allí bailemos la Pera
y hagamos castillos altos
siguiendo las tradiciones,
cumpliendo con el mandato,
de nuestro pueblo y su historia
a lo largo de los años.

Y tras otros 1000 Agostos
futuros torrecillanos,
sigan viniendo a esta plaza
sigan marchando hasta el Prado
junto a la Virgen del Valle
siguiendo nuestro legado.

Gracias a todos amigos
por estar aquí este año,
los festejos del 2000
quedan pues inaugurados;
que el pregonero acabó
el trabajo encomendado.

Brígido González Agosto 2000